

tes, y de que los pueblos abandonando su apatía alzasen el grito de la insurrección.

Con este fin, llegados que fueron á Manzanares, dieron su célebre manifiesto-programa el día 7 de Julio, en el cual espresaban su pensamiento político.

«Nosotros queremos,—decían en él,—la conservación del trono, pero sin la camarilla que le deshonorá; queremos la práctica rigurosa de las leyes fundamentales, mejorándolas, sobre todo la electoral y la de imprenta; queremos la rebaja de los impuestos, fundada en una estricta economía; queremos que se respete en los empleos militares y civiles la antigüedad y los merecimientos, queremos arrancar los pueblos de la centralización que los devora, dándoles la independencia local necesaria para que conserven y aumenten sus intereses propios, y como garantía de todo esto, queremos y plantearemos bajo sólidas bases la *Milicia Nacional*... Las Juntas de gobierno que deben irse constituyendo en las provincias libres; las Cortes generales que luego se reunan; la misma nación en fin fijará las bases definitivas de la regeneración liberal á que aspiramos. Nosotros tenemos consagradas á la voluntad nacional nuestras espadas, y no las envainaremos hasta que ella esté cumplida.»

Este programa era ya una garantía y una prenda de unión del partido conservador con el progresista y fué el lazo que acabó de unirlos para derrocar al enemigo común y procurar mejorar la situación del país. ¿Fué espontánea y voluntaria en el general O'Donnell y demás generales vicalvaristas esta conversión repentina á las doctrinas progresistas que antes habían combatido, ó la abrazaron como el único recurso de que no fracasaran sus planes y la sola salvación que ya les quedaba, viendo que los pueblos no se prestaban con entusiasmo á darles su apoyo?

Atendiendo á los antecedentes históricos de la conspiración, al silencio que en las primeras proclamas de Madrid y Aranjuez guardaron los generales sublevados sobre este punto y á los resultados que en 1856 dió la célebre coalición, no será infundado nuestro juicio si nos aventuramos á sostener que la fuerza de las circunstancias y el irresistible poder de la necesidad contribuyeron más que la fé política á que los vicalvaristas se abrazaran á la bandera del progreso, cuando vieron que era el áncora que podía salvarlos de la difícil situación en que se hallaban colocados.

Mientras tanto crecían el miedo y el espanto en el corazón de los ministros, por más que con un cínico descaro quisieran dar pruebas de serenidad, y el espíritu de los madrileños mejoraba de día en día, haciéndose más hostil al Gobierno. Contribuía no poco á fomentar el miedo del Gobierno las noticias de los levantamientos parciales que llegaban de algunos puntos y sobre todas la de la arriesgada empresa del atrevido Buceta, que con setenta voluntarios se apoderó de la ciudad de Cuenca haciéndola pronunciarse en favor de los generales de Manzanares. El célebre programa dado en este pueblo y llevado á Madrid por el Sr. Cánovas, principió á circular impreso el día 14 causando, como era de esperar, un efecto mágico y un entusiasmo difícil de describir.

Al día siguiente circuló por la capital á pesar del cuidado que el Gobierno tenía en ocultarla, la noticia de los pronunciamientos de Valladolid y Barcelona,